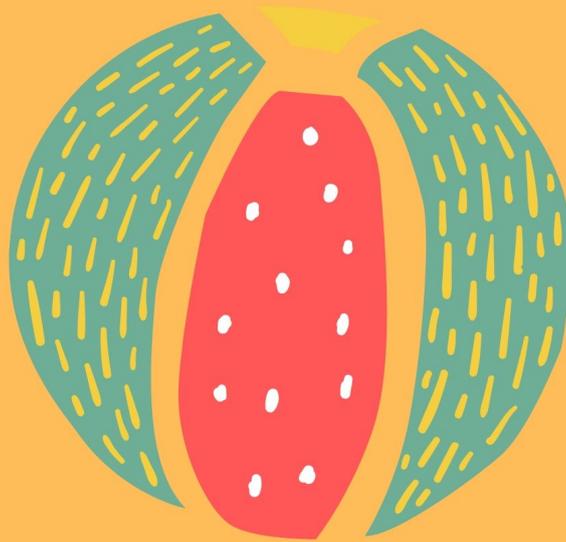


Los colores transmutados

O K Matas

Los Colores
transmutados



O.K.Matas

Capítulo 1

—Y en ese lugar tan peligroso llamado limbo, los niños andan perdidos para siempre —me dijo Ramón moviendo muy rápido las manos—. Y eso es lo que pasa si no has hecho la comunión y te mueres.

Abrí mucho los ojos y me abracé más fuerte a mis rodillas. Miré a mi abuela que estaba tumbada en su toalla floreada, bajo una sombrilla de rayas azules y amarillas, que daba una luz extraña, creando una especie de crisálida en medio de la playa. Leía la revista Pronto con los ojos entrecerrados y un porte concentrado. Debería de usar gafas desde hacía años, pero era demasiado presumida para hacerlo.

—Abu, ¿voy a ir al limbo? —le pregunté.

Mi abuela Cecilia apartó la vista de su lectura y observó a mi hermano con el ceño fruncido:

—¿No te tengo dicho que no asustes a la niña con esas tonterías?

Ramón se encogió de hombros:

—Es lo que nos enseñan en la catequesis —le respondió.

—¡Ramón! —bramó una voz a unos pocos metros—. ¡Vamos a jugar a fútbol! ¿Te vienes?

—¡Sí! —contestó poniéndose de pie—. Voy a jugar con el Carlos, abu.

—Venga, pero no tardes que en una hora comemos.

—¿Puedo ir? —le pregunté.

—No, eres demasiado pequeña y nos vas a molestar.

Mi hermano se puso sus chanclas y se marchó con un niño que había conocido hacía dos días. Desde entonces me sentía celosa por su presencia, prefería que jugase conmigo y no con ese estúpido niño. Lo odié.

Enterré mis pies en la arena y luego la retiré con el dedo índice, como si estuviese en una excavación arqueológica. Delante de mí estaba el mar, que esa mañana de julio velaba tranquilo y refrescaba la costa con su brisa. El sol abrasador impregnaba cada grano de arena que absorbía esa energía mutando a lava. El ronquido de mi abuelo resonó y arrugué la nariz ante ese sonido extraño. Mi abuela me sonrió y negó con la cabeza.

Yo también me reí.

Traté de distraerme con una pistola de juguete de Ramón, que estaba llena de agua salada. Me dediqué a hacer puntería en un cubo morado que mi abuelo me había comprado. Yo no recordaba ese día, pero cada vez que hacía castillos de arena me lo contaban, de manera que el recuerdo ajeno terminó formando parte de mi memoria. Apreté con fuerza el gatillo plastificado y verde fosforito para disparar las últimas gotas de agua, pero ya no eran capaces de cruzar ninguna distancia. Resoplé y la arrojé en un rincón, cerca de la nevera portátil, que era azul y tenía una tapa blanca.

—Abu —le dije a mi abuelo que se había despertado de su siesta del burro—. ¿Podemos irnos a bañar?

—Claro, Marina —me dijo con una enorme sonrisa—. Coge el flotador, ¿quieres?

—No lo necesito. Ya sé nadar —le dije.

Desde que ese verano había hecho clases de natación me creía capaz de todo.

—Vale, como quieras.

Se puso de pie con pesar y yo le esperé dando saltos sobre la arena abrasadora. Se acercó y me hizo darle la mano. Noté los surcos de su piel por todos los años de trabajo en el campo, algo de lo que mi abuelo Nicolás jamás se había quejado.

Aún recuerdo las risas a mi alrededor, la música de algún cassette a lo lejos, el sonido vibrante de una avioneta que mostraba una enorme lona publicitaria de una compañía de viajes... Me hice sombra con la mano y puse la vista en el cielo: me fijé en la estelada de vapor blanco que dejó a su paso. A medida que llegamos a la orilla, comencé a sentir alivio por la frescura en mis pies, hasta que toqué el agua, que traía bruma y sal congelada. Dí un respingo.

—¡Vamos! —me dijo mi abuelo que me arrastró mar adentro.

Cuando el agua me cubrió hasta el pecho, mi abuelo decidió sentarse en la arena, con su cuerpo medio sumergido. Me dio unas gafas de buceo para que explorase las profundidades de aquel mar, que por aquel entonces me parecía enorme y lleno de posibilidades. A través de una vista entelada me fijé en el cuerpo arrugado de mi abuelo y en su bañador con motivos fractales que se movía como si tuviese vida. Cuando me aburrí de aquello me di la vuelta y continué mirando la arena, que no tenía nada de especial. Salí del agua y mi abuelo había cerrado los ojos

para poder tomar el sol, supuse.

—No te alejes mucho, ¿eh?

—Que no...

Volví a hundir mi cabeza y empecé a nadar mientras exploraba el fondo. No encontré nada, hasta que a lo lejos, distinguí algo brillante. En ese momento pensé que había encontrado un tesoro y que iba a ser rica. «Ya verás cuando se entere Ramón, no pienso compartirlo con él». Nadé con energía hasta allí. Me di la vuelta para tratar de encontrar a mi abuelo pero no lo vi. No obstante, continué esa senda, hasta que estuve justo encima. Pero estaba demasiado hondo para que pudiese llegar sin sumergir del todo el cuerpo, por lo que las Esnórquel no me servían de nada. Las até a mi pie derecho, tomé aire profundamente y traté de hundir mi cuerpo con todas mis fuerzas. Recordé las clases para aguantar la respiración y lo hice. Mis pies patalearon con energía hasta que, con las puntas de los dedos de mis manos, pude tocar esa luz rutilante de las profundidades.

Y entonces todo cambió. El paisaje azul, el sonido sordo y el tacto frío del agua se esfumaron y me sentí extraña entonces, como si estuviese en un sueño y no pudiese sentir nada. Salí deprisa hasta la superficie para tomar una profunda bocanada de aire y cuando lo hice, me di cuenta de que ya no estaba en la playa de Castelldefels.

No sabía qué lugar era aquél, sólo que todo era distinto. Era daltónico, como si alguien hubiese pintado un paisaje con colores contrarios de lo que realmente son: el cielo y el mar eran rosas y la arena azul cobalto. Me asusté. Traté de buscar a mi abuelo pero allí no había nadie. Nunca tuve tanto miedo como entonces:

—¡Abuelo! —grité— ¡Abuela! ¡Ramón!

Los llamé desesperada mientras salía del agua, corriendo, tratando de librarme de aquel imán que traía la marea. Pero mis llamadas sólo fueron respondidas por mi propio eco.

Cuando conseguí salir, pisé la arena que estaba helada, como aquellas bolsas de frío instantáneo que te da el dentista después de quitarte una muela. No me gustó la sensación así que corrí deprisa, mirando de un lado a otro. Choqué contra algo y me caí, raspando las palmas de mis manos y mis rodillas.

Me quedé en el suelo, dejé que los granos de arena se engancharan a mi rostro y cabello. Yo, en aquel entonces, tenía seis años y trataba de aparentar ser lo suficiente mayor para no tener miedo de nada, pero creía

que estaba sola y me puse a llorar.

Después de desahogarme, abrí los ojos y me sorprendí cuando vi a un extraño ser:

—¡Maldita! Has destruido mi casa, ¡me vengaré!

Era de la misma medida que un oso de peluche, tenía la piel anaranjada, el cabello largo, rojizo y revuelto e iba vestido con un taparrabos hecho de sargazo. Me acordé de las ilustraciones de mis libros escolares, de cuando me enseñaban sobre la prehistoria. Tenía forma humana, pero como si hubiese encogido, como un personaje de algún cuento infantil. Solté un agudo alarido cuando empezó a lanzarme estrellas enanas de mar. No me dolió, creo que grité más por lo inverosímil de la situación. Me puse de pie y el ser se asustó tanto, que dio unos pasos atrás, aún con el ceño fruncido. Su voz era aflautada y bastante cómica, en realidad:

—¡Eres un monstruo! —dijo con las manos en las caderas—. No pienso dejar que me hagas nada, ¡me defenderé!

Tras eso cogió esa extraña tierra y trató de arrojarla en mis ojos. Por suerte los cerré a tiempo y patalee en su dirección. Noté que le di. Abrí los ojos con demora y vi que estaba tirado en el suelo a unos pocos metros y sin moverse. Me sentí apenada, así que me arrodillé y me acerqué a él. Le toqué uno de los brazos con el dedo índice, la sensación fue la misma que tocar a cualquier ser humano, así que mi miedo se redujo un poco.

Tumbé mi cabeza en la arena y lo observé. Noté que se estaba haciendo el muerto. Había visto en un documental de la dos —que mi abuelo solía poner a la hora de la siesta— que era un mecanismo de defensa de algunos animales ante el peligro.

—¿Estás bien? No voy a hacerte daño, lo siento —le dije con un puchero en mis labios.

Al cabo de unos segundos abrió un ojo y luego lo cerró de nuevo. Pero yo no me moví y me quedé ensimismada mirando y analizando cada traza de su piel, casi rojiza. Volvió a abrir los ojos y al final se puso de pie cuando se dio cuenta de que no le haría daño.

—Lo siento mucho, no quería destrozar tu casa —le dije incorporada y con la mirada en un cúmulo desordenado, del que distinguí trozos de madera, que eran blancos como la arena de mi mundo—. Te ayudaré a construirla otra vez.

—No necesito la ayuda de nadie —dijo mientras andaba, o más bien

brincaba como lo hacían los personajes de David el Gnomo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté—. Yo me llamo Marina.

—Vaya, vaya, te llamas como el aire del mar. Yo soy Naibitz y estaba tan tranquilo pescando Unsi hasta que has aparecido.

—¿Unsi? No me gusta el pescado —le confesé con una mueca de asco.

—¡Eres una ignorante! —bramó—. No es un pescado cualquiera, es de la especie de los Kwnie.

Me encogí de hombros y observé cómo llevaba maderas de un lado a otro. Como no supe qué otra cosa hacer, lo ayudé pese a que murmuró algunas quejas que no entendí. Cuando reunimos todas aquellas vigas y tablas me senté en la arena y abracé mis rodillas. Pensé en lo preocupados que estarían mis abuelos al no encontrarme. También pensé en Ramón y en si me echaría de menos. Luego me imaginé el drama de mis padres y sus gritos a través del teléfono al enterarse. Ellos se quedaban en Barcelona trabajando hasta agosto y seguro que conducirían hasta allí por mí. «Nos has hecho perder un día de trabajo, Marina», imaginé que diría mi padre. Tuve miedo de lo mucho que se enfadarían.

«O tal vez no vuelvas», pensé cada vez más triste. ¿Y si no podía volver? ¿Tendría que quedarme a vivir en ese extraño mundo de colores transmutados y seres diminutos?

—Necesito volver a casa —le dije a Naibitz—. ¿Estamos en el limbo?

—¿Qué quieres decir? —dijo rascando su cuero cabelludo—. Estamos aquí, en el mundo.

—No, el mundo no es así —dije negando con la cabeza—. El cielo es azul y las nubes son blancas.

—No, no, las nubes no son blancas sino naranjas. ¡Eso lo sabe todo el mundo, ignorante!

—El mar es azul, yo estaba con mi abuelo explorando el mar —empecé a explicarle—. Vi una cosa que brillaba un montón y lo toqué. Y ahora estoy aquí.

—Vaya, entiendo, claro —dijo Naibitz con los dedos en su barbilla—. Déjame pensar —dijo caminando de un lado a otro hasta que se paró—. ¡Ya sé! —Chasqueó los dedos—. Lo único que tienes que hacer es volver a tocar esa cosa brillante y volverás a ese lugar tan raro del que hablas.

Miré en dirección al mar, tratando de calcular cuál sería el lugar donde se encontraría. Pero ya no me acordaba y esa playa era demasiado grande para poder localizar un punto tan pequeño en las profundidades. Aún así, nos encaminamos hacia la orilla. Naibitz cogió una especie de tabla de surf, se subió encima y la movió con ayuda de sus brazos. Cuando puse un pie en aquella extraña agua, sentí un escalofrío por lo caliente que estaba. Era una sensación desagradable, como bañarte en mercurio, pero sin ser tan denso.

Me puse las gafas y hundí mi cabeza, pero no vi nada por el color rosáceo opacado de aquel líquido. Saqué la cabeza y negué con ella.

—¡Ya sé! —dijo Naibitz—. Nos esperaremos a la mañana, cuando todo está oscuro. Cuando amanece, el mar brilla como si estuviese lleno de estrellas. Seguro que alguna te lleva a tu tierra.

—¿Falta mucho para eso? —le pregunté quitándome las gafas y poniéndolas en mi frente.

—No, no, sólo una hora. Podemos cenar mientras esperamos, el Unsi me sale delicioso.

Yo no tenía hambre pero lo acompañé y vi cómo preparaba un bicho muy raro, largo y morado, que emitía un hedor insoportable. Me tapé la nariz con los dedos y me aparté unos metros.

—Me da miedo volver —le dije entre el crepitar del fuego, cuyo color curiosamente no había cambiado—. Le prometí a mi abuelo que no me alejaría y lo hice.

—Bueno, no sé qué decirte, supongo que se enfadarán pero luego estarán contentos por encontrarte, ¿no?

No dije nada más y me tumbé en aquella arena fría. Por primera vez me fijé en la forma de las nubes que parecía vapor que vagaba inquieto por el infinito. Jamás podré borrar ese paisaje de mi memoria.

Cromáticamente el cielo se hizo negro y con ello llegó la mañana. Desperté a Naibitz que dormía sobre una tabla llena de algas secas y, refunfuñando, me siguió. Me ajusté el bañador y anduve hasta la orilla.

—¡Allí! —exclamó Naibitz—. ¡Allí está la luz!

Miré en la dirección que señalaba y vi que del mar salía un foco de luz que iluminaba parte del cielo. Era el más brillante pero no el único. Me recordó a las luces que provenían del estadio de Montjuic las noches en las que

hay un concierto.

Seguí el camino hasta allí, cada vez estaba más cansada y el mar me parecía más espeso. Las piernas me flaqueaban. Llegó un punto en el que no pude pisar el suelo, así que empecé a nadar. Por error tragué esa agua caliente que me supo a oxidado, de un sabor parecido al agua del grifo de casa de mi tío Pablo que por aquel entonces vivía en la Eixample. La escupí y seguí nadando, recordando las directrices de mi instructora, cuyo nombre olvidé con el paso de los años. Cuando la luz era más evidente, miré abajo y por culpa de hacerlo directamente me dejó unas molestas chiribitas que vagaron por mis ojos.

—Que te vaya bien, Marina —me dijo—. Que Sia te acompañe en tu viaje. Si quieres volver, seguiré aquí.

—Gracias, ha sido un placer conocerte —le dije con una sonrisa—. Volveré a visitarte.

Cuando mis pupilas se recuperaron, observé a Naibitz con atención: bajo el brillo de la misteriosa luz del mar me pareció más mágico aún, como si los puntos de su piel estuvieran hechos con purpurina. Me sentí un poco triste por despedirme, aunque también tenía ganas de volver a casa.

Enrollé la goma elástica de las gafas a mi tobillo, tomé una profunda bocanada de aire y me sumergí.

Con todas mis fuerzas, nadé, nadé y nadé hasta llegar al fondo, a esa fulgurante alucinación.

Cuando por fin la toqué, me sentí extraña de nuevo, por el cambio de clima, como si el calor y el frío hubiesen trastabillado hasta encontrarse.

Saqué la cabeza del mar y me sentí aliviada cuando el cielo y el mar volvieron a ser azules, y las nubes y la arena volvieron a ser blancas. Los sonidos regresaron: las risas, los gritos, los chapoteos, las lanchas motoras... Pero lo mejor fue ver a mi abuelo Nicolás, que se encontraba en la misma postura que cuando me perdí. Me acerqué a él y lo abracé. El tiempo no había pasado y todo seguía igual.

—¿Estás bien? —me preguntó después de ponerse de pie—. ¿Tienes hambre?

No dije nada y asentí. Me cogió de la mano y regresamos juntos a nuestra sombrilla. Mi hermano ya había vuelto y estaba bebiendo Coca-Cola en un vaso de plástico blanco. Mi abuela estaba sacando los bocadillos que había traído. Por el olor supe que eran de tortilla de patatas. También sacó un

tupper con lomo rebozado.

Me senté al lado de mi hermano y bebí del vaso que me ofreció. Estaba sedienta y traté de eliminar de mis papilas gustativas el óxido del líquido de aquel extraño lugar en el que había estado. Me comí el bocadillo en silencio, ni mi hermano ni yo no dijimos nada; mis abuelos hablaron entre sí durante toda la comida. Después, mi abuela Cecilia nos dio sandía y cuando nos la terminamos, nos ordenó que hiciéramos una siesta antes de volver a bañarnos.

Me tumbé bajo la sombrilla y cerré los ojos para recordar a Naibitz, ese ser extraordinario que había tenido la gentileza de ayudarme. «Que ganas que sean las tres», pensé sin poder evitar sonreír, porque entonces podría visitarlo de nuevo y ayudarle a reconstruir su cabaña.